

¿DIERON LOS VIKINGOS EL NOMBRE DE AMERICA A NUESTRO CONTINENTE?

Por

Luis BRAVO Bravo

Capitán de navío, Armada de Chile

I. INTRODUCCION



RES O CUATRO teorías se han ideado para explicar el origen de la palabra "América", que se empleó para designar a nuestro Continente, el mal llamado "Nuevo Mundo".

Todas ellas, si bien diferentes en muchos aspectos, tienen un factor en común, y es el partir de la base que América fue realmente "descubierta" el 12 de octubre de 1492, y por lo tanto, como no era conocida antes, no tenía nombre, y por eílo fue necesario, con posterioridad a esa fecha, darle uno.

Creerá el amigo lector que ha entendido mal!, o que el autor no está en su sano juicio si lo que realmente pretende afirmar en el párrafo precedente es que América no fue descubierta por Cristóbol Colón el 12 de octubre de 1492, fecha que puede comprobarse leyendo cualquier libro elemental de historia escrito para alumnos de la enseñanza básica. Pero el lector ha entendido correctamente, eso es precisamente lo que se pretende demostrar, y pese a ello el autor cree estar en plena posesión de sus facultades mentales.

"Definid y no discutiréis", dijo una vez un filósofo cuyo nombre se nos escapa en este momento; y eso es precisamente lo que vamos a hacer en primer lugar.

Conforme al diccionario de la lengua, editado por la Real Academia Española, la palabra "descubrimiento" tiene las siguientes acepciones: 1. hallazgo, encuentro, manifestación de lo que estaba oculto o secreto o era desconocido. 2. Por antonomasia, encuentro, invención o hallazgo de una tierra o un mar no descubierto o ignorado. 3. Territorio, provincia o cosa que se ha reconocido o descubierto.

Conforme a esta definición, para que nuestro continente hubiera sido realmente descubierto en la fecha antes señalada, sería necesario que con anterioridad a ella hubiera sido absolutamente desconocido por la especie humana, lo que explicaría el hecho de que no tuviera nombre, y por tanto la necesidad de darle uno entonces o poco después. Y éste es el sacrilegio que vamos a cometer en el presente artículo: rebatir hechos que, por haber sido aceptados secular y universalmente, han llegado a considerarse no sólo "históricos", sino a constituir verdaderos "dogmas de fe".

Vamos, pues, a afirmar que Cristóbal Colón no descubrió América el 12 de octubre de 1492, entendiendo por "descubrimiento" la acepción que en nuestro idioma se da a tal hecho, puesto que hablamos castellano o español. Y afirmamos que no lo hizo sencillamente porque América, para esa fecha y desde muchos siglos antes, estaba ya "descubierta"; no estaba oculta ni era desconocida. Por el contrario, era conocida por la estirpe humana desde hacía varios siglos o aun milenios; y fue "reconocida", "encontrada" o "descubierta" por más de un pueblo y en más de una ocasión, por lo que parece totalmente lógico que se le haya dado algún nombre con anterioridad, y que los europeos del siglo XV, al "redescubrirla", por enésima vez, no hayan hecho sino recoger tal nombre, como f.a sucedido con tantos otros lugares, Chile entre ellos.

Desgraciadamente, por nuestra inveterada costumbre de comenzar nuestra historia sólo en 1492, como si antes de esa fecha no hubiera existido pueblo alguno en el continente, y por el hecho de que no tenemos hasta ahora una historia escrita que haya podido ser descifrada de los pueblos de la América precolombina, no nos queda para nuestro trabajo sino recurrir a algunos hechos, a la antropología, la paleontología, la mitología, la arqueología y el folklore. Con estos elementos trataremos de probar la existencia de un pasado mucho más remoto, que se fue dejándonos muy pocas huellas.

De los elementos señalados, los hechos son indiscutibles; los otros permiten conformar un esquema histórico del que, previo análisis comparativo con la evolución de otras civilizaciones, de otros grupos humanos en circunstancias similares, la ciencia logra extraer "conclusiones científicas" que, a falta de mejores antecedentes, debemos aceptar como pruebas.

Luego de este análisis, haremos un breve repaso de los hechos históricos clásicos que tradicionalmente hemos aceptado a "fardo cerrado", haciendo resaltar sus vacíos, sus ambigüedades o aun sus contradicciones, para finalmente presentar, en base a toda la exposición anterior, nuestra teoría sobre el origen del nombre "América", que no pretendemos afirmar constituya en sí plena prueba; sino tan sólo una teoría que no adolece al menos de las fallas de las teorías históricas generalmente aceptadas, que estimamos más lógica, más acorde con el actual estado de avance de

nuevos conocimientos, y que abre una ventana hacia el descubrimiento de un apasionante enigma histórico, cuyo esclarecimiento, si es posible algún día nos enseñará algo más sobre nuestro pasado, es decir, sobre nosotros mismos.

II. LOS HECHOS

Los hechos que podemos presentar como prueba, y que precisamente por ser "hechos" no son refutables, son en realidad muy pocos, pero muy contundentes y concretos.

1. Si miramos con detenimiento la representación gráfica de nuestro planeta, nos daremos cuenta que está constituido por dos gigantes masas continentales: "Eurasia", llamando con tal nombre a los continentes conocidos como Europa, Asia y Africa, que, por estar físicamente unidos, conforman una sola e inmensa isla que posiblemente fue la cuna de la humanidad, y América. Cabría quizás incluir en esta "élite" continental a la Antártica, pero a gran distancia de los otros dos, algo así como un "pariente pobre", y que además reside en un "barrio marginal", el polo mismo.

Entre los dos gigantes mencionados quedan obviamente dos grandes espacios acuáticos (unidos entre sí, ya que la superficie líquida del planeta es una sola) llamados océanos Atlántico y Pacífico respectivamente, quizás las dos únicas áreas marítimas que merecen el nombre de "océanos".

"Eurasia" es inmensa, mayor que América, pero América es sumamente elongada en efecto, corre como una masa de tierra firme, de norte a sur, sin interrupciones, salvo el Canal de Panamá, que es obra del hombre moderno, desde el paralelo 71° 59' Norte, que corresponde a la Península de Boothia, hasta el Cabo Froward en 53° 54' Sur, en el Estrecho de Magallanes, más una sene de archipiélagos e islas independientes en la plataforma continental que prolongan en unos 5 a 10 grados más su longitud; es decir, la tierra firme representa una "muralla" de unos 126 grados de latitud, algo así como un cuadrante y medio, de norte a sur, del globo terráqueo" que, para los fines prácticos de la navegación, divide el planeta en dos mitades oceánicas.

2. Está probado que a uno y otro lado de la larguísima "muralla" americana existieron pueblos marítimos que emprendieron grandes empresas de exploración, colonización,

o conquista, que aun a escala moderna son admirables: los vikingos o normandos en el Atlántico, y los polinésicos en el Pacífico.

Reconocieron sus respectivos océanos y fueron capaces de encontrar en sus inmensidades, una y otra vez, puntos tan precisos como Islandia y las Faroé, en un caso, o Tahiti, Pascua y Hawaii en el otro, sólo por citar algunos ejemplos.

3. Está probado además que estos dos pueblos, errames de las inmensidades oceánicas, y que en cierto período histórico fueron contemporáneos, jamás llegaron a tomar contacto uno con otro, y tampoco lograron cambiar de océano o de escenario de sus aventuras.

¿Por qué? Sin duda porque la gran muralla divisoria hemisférica, América, les cerró el paso. Esto parece evidente, y también lo parece en consecuencia que ambos pueblos marítimos "tuvieron" que encontrar América en alguno de sus viajes. Es casi imposible navegar de este a oeste, o viceversa, siguiendo la ruta del sol, sin "toparse" con la masa continental americana; suponer lo contrario equivaldría a aceptar que un preso puede lograr salir de su prisión sin encontrar la reja que la cierra; puede que la reja tenga aberturas, y de hecho las tiene, penetrables en ciertas circunstancias, o impenetrables en otras, pero la existencia de la reja no puede no ser evidenciada por el prisionero.

La conclusión lógica que de todo esto se deriva es que el continente americano no pudo pasar inadvertido, al menos para estos dos pueblos marítimos.

4. Está probado que cuando Colón y sus compañeros llegaron, el continente americano estaba poblado desde Canadá hasta Tierra del Fuego inclusive, por grupos humanos que tenían variado nivel, pero que estaban todos organizados. A qué cantidad de habitantes alcanzaba la población americana a la llegada de los europeos es materia de conjeturas, pero la mayoría de las apreciaciones concuerdan en estimarla en unos cientos de miles, lo que constituye sin duda una masa humana considerable.

5. Está probado que cuando Colón llegó, los exploradores que lo acompañaron o siguieron, encontraron monumentos que revelaban la preexistencia de civilizaciones de cierta antigüedad, y leyendas que relataban lo mismo*

ó. Está probado que cuando Colón llegó existían en el continente civilizaciones muy

desarrolladas que habían alcanzado un grado de evolución social y cultural bastante avanzado, a tal extremo que poseían un calendario mas perfecto que el de los conquistadores, que aún empleaban el calendario juliano.

Por consiguiente, la historia tiene que partir de estos hechos, y aceptar, tan sólo con estas pruebas, que hay un pasado histórico o prehistórico anterior a 1492, en el que bien podría encontrarse el origen del nombre de nuestro continente, como tantos otros lugares que han conservado el nombre con que los designaban sus aborígenes o primitivos descubridores.

III. LAS CONCLUSIONES CIENTIFICAS

Las conclusiones científicas, extraídas de las fuentes que indicamos anteriormente al referirnos a ellas, aunque no constituyen una prueba irrefutable como lo son los hechos, por lo menos nos señalan, con aceptable certeza, cómo pudo ser el pasado. De ellas, para los efectos de nuestra investigación, pretendemos que nos digan si el hombre americano es autóctono de su tierra o si vino de otro lugar, y más o menos cuándo lo hizo. En el primer caso, al ser autóctono, es probable que no haya dado un nombre a su continente como un todo, limitándose a designar lugares o regiones; en el segundo, si emigró, debió hacerlo durante un cierto lapso, y sin duda en más de un viaje; en ese caso debe haber dado un nombre al continente al que se dirigía para establecerse. Ahora bien, si esta inmigración es muy remota, tal nombre pudo haberse perdido en el tiempo, pero quizás se conservó si la inmigración fue relativamente reciente, o si, con posterioridad a ella, hay constancia de viajes precolombinos de los pueblos navegantes, en cuyo caso, y con mayor razón, debieran dar un nombre a la tierra descubierta y llevarlo consigo al regresar, incluyéndolo en la tradición histórica o leyendas de su tierra de origen.

1. Está científicamente demostrado que el hombre americano no es autóctono, es decir, no es originario de su tierra, tesis que sostuvo el célebre antropólogo argentino Florentino Ameghino, y que fue refutada por el sabio norteamericano H. R. Dlicka, quien logró demostrar que el hombre no apareció en América sino hasta el período cuaternario. Pero su antigüedad en el continente es tanta, que equivale al au-

toconismo, pues se remonta a unos 20.000 años. Es, por lo tanto, vano tratar de buscar una respuesta por ese camino, ya que ni siquiera se ha podido establecer con certeza su tierra de procedencia.

2. Hay evidencias científicas, sin embargo, de que hubo viajes anteriores a Colón, y América fue visitada quizás por los fenicios, los árabes y con mayor certeza y más recientemente, lo fue por los polinésicos. El inca Garcilaso de la Vega nos habla de ello, y todas las probabilidades nos indican que así debió haber sido; y por último, ya casi sin lugar a duda alguna, fue descubierta por los normandos o vikingos unos cinco siglos antes que lo hiciera Colón, es decir, alrededor del año 1.000 de nuestra era, y este hecho sí tiene un alto interés para nosotros.

IV. EL VERDADERO DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Hoy ya no es posible poner en duda que hacia los siglos X y XI de nuestra era los vikingos establecieron colonias en la parte septentrional de nuestro continente, partiendo desde Groenlandia, y que llegaron hasta la región de Massachusetts, Estados Unidos.

Se ha dado el nombre de vikingos a unos pueblos del norte de Europa (vikings) que se ha considerado como sinónimo de "reyes del mar", aunque más bien parece derivar del vocablo noruego "vikinga", luego viking, con el que se designaba a los piratas escandinavos. También se les ha llamado normandos, castellanización de la palabra compuesta inglesa "north man" (hombre del norte), de donde derivó el nombre de Normandía. Fueron de origen étnico germánico y paganos durante mucho tiempo. No tuvieron escritura propiamente tal, salvo las "rúnicas", piedras en que grababan las hazañas de sus jefes, y hablaban un idioma que en inglés se ha denominado "norse", y en castellano, a falta de un nombre mejor, se le conoce como "noruego antiguo", del cual existe un diccionario en la Embajada de Noruega en Santiago.

Su historia, si es que puede llamarse tal, se ha conservado en las "sagas", relatos tradicionales cuyo fondo de veracidad no ponen hoy en duda los investigadores. De éstas la denominada "From the Saga of the Greenlanders" relata el descubrimiento de América. Este hecho tuvo lugar alrededor del año 985 de la era cristiana, y el prime-

ro en avistar la costa americana fue Bjarni Herjulfson, quien partió de Groenlandia lugar al que regresó casi un año después.

A Islandia, la antigua "Thule de Ptolomeo, llegaron los irlandeses antes que los vikingos pero fueron desplazados en 861 por la expedición de Naddod, procedente de Noruega. Los vikingos hicieron de Islandia su base de operaciones, y de allí, huyendo del despotismo del rey Haraldo, emigraron en un número cercano a un millar hacia Groenlandia en 872. Con posterioridad a los hechos relatados, alrededor del año 1000, grupos más o menos numerosos de vikingos establecieron factorías y poblados en la tierra firme del continente americano. Fueron las expediciones de Gunnbjarn, Erik el Rojo, Leif Erikson, Thorfin Karlsefni, Thorstein, Gudrid y otros, que dieron nombres a diferentes lugares de la costa norte americana, conforme al producto que obtenían de ella, como Vineland, Markland, Helluland, etc., nombres que no se han conservado, pero la sola enumeración de algunos de los jefes expedicionarios y de los lugares reconocidos, de sus colonias establecidas en tierra a las que regresaban periódicamente, o en las que incluso invernarón á veces, nos indica que América fue para ellos una tierra muy conocida y visitada.

V. LA HISTORIA CLASICA Y SUS AMBIGUEDADES

Casi no sabemos cómo iniciar esta parte de nuestro relato, pues prácticamente todo lo que rodea al "seudo descubrimiento de América", en 1492, es nebuloso y poco claro. El mismo Cristóbal Colón es un personaje que ha desatado controversias.

Para comenzar su verdadero nombre debió haber sido "Cristóforo Colombo", que fue deformado por la castellanización v la tradición oral. Esta misma deformación desató controversias acerca de su origen y así se le atribuyó ser florentino, gallego, catalán, vasco e incluso se llegó a hablar de un Colón noruego. Hoy se sabe con casi total certeza que era oriundo de Génova nacido entre el 25 de agosto y el 31 de octubre de 1451, hijo de un tejedor de lana llamado Domeneghino Colombo y de Susanna Fontanarossa, también hija de otro tejedor de lana de la localidad.

El resto de su historia es conocida de todos, y sólo cabría agregar que está demostrado que, a lo menos una vez en su ju-

ventud, estuvo en Noruega y navegó en buques de los nórdicos por un breve tiempo. Allí bien pudo haber oído relatos acerca de la tierra que había más allá del mar, pero este hecho tiene poca importancia en nuestra investigación, pues si tal cosa sucedió, Colón no guardó en su memoria nombres de tales tierras, ni las creyó un nuevo continente, puesto que, como es sabido, cuando zarpó de Palos con sus tres carabelas, años más tarde, lo hizo buscando una nueva ruta a "las Indias", a la tierra de las especias, a la legendaria "Catay" (China) y a "Cipango" (Japón). Buscaba una nueva ruta a oriente dando la vuelta a la Tierra por occidente, por cuanto tenía el concepto de que la esfera del planeta era bastante menor de lo que en realidad es, por lo que, cuando la masa continental americana le cerró el paso, creyó haber logrado su cometido, y murió sin saber que había encontrado un continente nuevo, la tierra de la que sin duda oyó hablar en Noruega, pero que siempre creyó se trataba de Catay y Cypango, lo que bien pudo reforzar su ánimo de buscar la nueva ruta. El nombre de América, por tanto, no nos viene de Colón, pese a sus conocimientos.

Tres teorías se han "elaborado" para explicar el origen del nombre América dado al "nuevo" continente.

La primera explica que ese nombre habría sido derivado del apellido de un tal Richard Ameryke, cobrador de impuestos del rey Enrique VII, que habría sido un entusiasta financista de la expedición del italiano Juan Cabot que, bajo bandera inglesa del mismo Enrique VII, llegó al Cabo Breton, en Nueva Escocia, el 24 de junio de 1497, redescubriendo así la masa continental 600 años después que los vikingos lo hicieran. Esta teoría, conocida como ya "Teoría de Bristol", no tiene, como puede apreciarse, fundamento alguno.

Una segunda teoría, aún menos creíble que la anterior, atribuye el nombre América a una derivación del apellido de un marino español que llevaba el antiguo y ya desusado nombre visigodo de familia Amalrick.

La tercera y más difundida teoría, sin embargo, es la que pregonan todos los libros de historia, la que indica que el Nuevo Mundo fue llamado América en honor del navegante italiano Américo Vesputio, florentino al servicio de España.

Pero si, como vimos, la biografía de Colón ha despertado algunas dudas y contro-

versias, la de Américo Vesputio es aún más nebulosa y plantea interrogantes e incongruencias hasta hoy no resueltas.

Américo Vesputio, o "Amerigo", según otra versión menos difundida, nació en Florencia en 1454 y pasó a España el mismo año del descubrimiento de América, murió en Sevilla en 1512 a los 58 años de edad. En España se dedicó al comercio, actividad en la que hizo fortuna, y a la edad de 40 años, bastante avanzada para cambiar tan bruscamente de actividad, pensó convertirse de mercader en descubridor y se lanzó a la aventura.

No hay una exacta concordancia de fechas en los dos primeros viajes de Vesputio, pero como si tal dificultad fuera poca, él habla de cuatro viajes, en circunstancias que no ha sido posible datar históricamente sino tres. Lo más probable es que su primer viaje fuera en 1497, cinco años después del descubrimiento de América por Colón, dato que es importante tener en cuenta para analizar las explicaciones más difundidas acerca de cómo habría llegado a dar su nombre a nuestro continente.

En este viaje reconoció Venezuela, lo que después fue la Guayana holandesa, la desembocadura del Orinoco, y Trinidad. Su segundo viaje es el menos seguro; hay investigadores que no creen nada de lo dicho por Vesputio, e incluso dudan que lo haya realizado, ya que las fechas de las primeras navegaciones se entrelazan e interfieren.

El último viaje lo realizó Vesputio a la costa de Brasil, ahora por cuenta del rey de Portugal, entre 1501 y 1502.

En cuanto al punto que nos interesa, cómo y por qué acabaron las nuevas tierras descubiertas llamándose América, se da la siguiente explicación: Todo el siglo XVI se vio invadido por libros que eran simples colecciones de relatos de viajes, con frecuencia llenos de errores y con reminiscencias de mentalidad medieval. El pVimer pasó para llamar América a lo descubierto se dice que se habría dado en la colección de Grineo, llamada "Novus Orbi", editada en Basilea y escrita en un pésimo latín, que fue producida en tiradas enormes para la época, entre los años 1552 y 1555. En ella se decía que el Nuevo Mundo fue descubierto "Ab Alberico Vesputio et Christoforo Colombo", con lo que se antepone ya Vesputio a Colón, error difícil de cometer si recordamos la diferencia de fechas que haremos resaltar, debiendo notarse además

que a Vesputio lo llama "Alberico" y no Américo. Siguen otras referencias que difieren entre ellas según la fuente en que se las busque, pero parece ser que un estudioso alemán llamado Marín Valdssemuller fue quien, en 1507, habría propuesto por primera vez dar el nombre de América al continente recién descubierto, según se dice, aduciendo que Colón jamás creyó en él y murió convencido de haber llegado al Asia, y a que sólo en su cuarto viaje llegó al continente mismo, por lo que estimaba que Vesputio habría descubierto antes la masa continental.

No es ésta la única explicación de cómo llegó a ocurrir el fenómeno que tratamos de dilucidar, y no reproducimos otras para no prolongar inútilmente este artículo, pues todas son igualmente poco convincentes y no aportan nada nuevo. Lo que sí parece indudable, y debe destacarse en honor a la verdad, es que Vesputio nada hizo, a pesar de algunas pedanterías y falsedades en sus dudosos relatos, para que se le diera su nombre al Nuevo Mundo. Parece haber sido la casualidad, la ciega fortuna, las que llevaron así las cosas. Tampoco hay que desconocer que pese a sus defectos y embustes, fue Vesputio un excelente navegante y un descubridor de mérito; por eso en los últimos siglos la tendencia generalizada es aceptar que la denominación de América en su memoria no constituye un despropósito.

Es por ello, y para evitar erróneas interpretaciones, que el autor desea dejar claramente establecido que no pretende discutir la justicia o acierto de tal denominación, sino que estima que esta teoría del origen del nombre América, tan poco convincente en su génesis, no es la correcta. Sin herir la memoria de un hombre meritorio, como Américo Vesputio, que, como todo hombre pudo tener algunos defectos, precisamente por ser humano, desea proponer al lector una explicación que, aunque es sólo una hipótesis, le parece más creíble y concordante con lo que hemos visto hasta ahora; en otras palabras, una explicación más lógica.

Rechazamos la explicación tradicional porque nos parece poco fidedigna y ambigua, como si hubiese sido "ideada a posteriori" para explicar lo que pareciera inexplicable y poco convincente.

Pero eso no es todo; es además contrario a los usos y costumbres, por cuanto lo normal, cuando se quiere honrar a una per-

sona dando su nombre a un lugar, ciudad, territorio o espacio mísmo, es emplear el "apellido" y no el nombre de pila del descubridor, fundador o procer que se desea exaltar, a excepción de los reyes, que siempre y para todos los efectos han empleado secularmente su nombre de pila, y así tenemos la Luisiana, las Filipinas, la Tierra de Alejandro I, la isla Rey Jorge V, a isla Carlos III en el Estrecho de Magallanes, Alejandría en Egipto o aun Gibraltar. Siempre encontramos el nombre de pila de soberano o una derivación de éste. Por el contrario, en el caso de las testas no coronadas, siempre o casi siempre (el único "casi" que conocemos como excepción lo analizaremos más adelante) se emplea el apellido (lo más generalizado), el nombre completo (nombre de pila y apellido), o una derivación del apellido del hombre ilustre que se trata de exaltar. El primer caso es el más frecuente; y así tenemos O'Higgins en más de un ejemplo, Magallanes, Valdivia, Puerto Montt, Puerto Varas, Canal Moreleda, Canal Murray, Fuerte Bulnes, Sucre, en Bolivia, Colón y Balboa, en Panamá, Comodoro Rivadavia y Belgrano, en Argentina, Washington, en Estados Unidos, y tantos otros que, por no alargar inútilmente esta enumeración y no cansar al lector, omitimos. Quien se interese, puede encontrarlos por cientos en cualquier atlas. El segundo caso, aquel en que se emplea el nombre completo del personaje destacado, es decir, nombre de pila y apellido de familia, es menos común, y sólo se nos vienen a la memoria en este instante los casos de Juan Fernández, Diego de Almagro y Diego Ramírez, aunque sabemos que hay otros. Finalmente, el tercer caso, la derivación del apellido del pronombre as´ honrado, parece ser menos frecuente aún, y recordamos únicamente en este momento Bolivia y Colombia, ambos casos dignos de un comentario al margen.

Bolivia, la antigua Audiencia de Charra* o el Alto Perú fue llamado originalmente República de Bolívar en honor del Libertador que le dio existencia como estado independiente, de donde derivó más tarde su nombre actual.

En cuanto a Colombia, su nombre le fue dado para honrar la memoria del descubridor de América, Cristóforo Colombo, y hay muchos que opinan que tal nombre debió haberse dado en justicia al continente completo; pero curiosamente, y confirmando lo que hemos aseverado, nadie ha propuesto

hasta hoy, que sepamos, cambiar el nombre de "América" por el de "Cristóforia".

La única excepción que conocemos, y que indicamos con anterioridad, es el caso de la ciudad de Cristóbal en Bahía Limón, en la desembocadura al Caribe del Canal de Panamá.

Pero es en realidad una ficción, puesto que se trata de dos pseudo ciudades adyacentes, que obviamente son una sola; una en territorio panameño y la otra en territorio estadounidense, denominadas Cristóbal y Colón, forma artificial de dividir entre dos países un todo urbano llamado Cristóbal Colón; caso muy similar al de Ciudad de Panamá y Rodman en el otro extremo del canal.

La verdad parece ser que en la explicación del origen del nombre de América, a falta de base histórica se ha buscado una similitud fonética.

VI. UNA TEORIA MAS LOGICA

Dado que ninguna de las teorías propuestas para explicar el origen del nombre de América ha podido ser probada, y tal vez no lo sean nunca, y atendiendo además a la carencia de lógica que todas ellas evidencian., el autor estima que tiene derecho a sustentar una teoría distinta a las tradicionales, menos difundida, pero más verosímil y más acorde con el sentido común. Debe sí reconocer que no es original en su génesis, pero que la ha investigado en las obras citadas en la bibliografía y luego de meditarla, ha llegado a la conclusión de que, aunque igualmente no probada hasta hoy, parece sin duda contener la raíz de la verdad histórica.

Alguien elucubró que la palabra América bien puede ser una derivación, deformada por la tradición y el paso a otro idioma, de la palabra compuesta del noruego antiguo "Omme-rike", que sería simplemente una casteüanización del ya obsoleto idioma de los descubridores vikingos del Nuevo Mundo, palabra que significa "la tierra más remota", o "el reino más lejano".

En efecto, como fue verificado para el autor, con impagable amabilidad, personalmente, por el Embajador de Noruega en Chile, Sr. Frode Nilsen, al solicitarle acceso a la biblioteca de la Embajada, en diccionarios del noruego antiguo al idioma moderno, que quien escribe estas líneas no hubiera podido emplear personalmente por

desconocimiento total del idioma, "omme" significa "lejano", "último", "final", "el término", "lo más remoto", "lo más apartado", "lo más alejado". La palabra "rike" existe en cambio aún en el noruego moderno, y fue usada por los vikingos para designar grandes extensiones terrestres, y sus raíces pueden encontrarse aún hoy en los nombres de los lugares de las áreas de operación de los vikingos.

Frecuentemente la palabra se encuentra levemente modificada o deformada por el paio de uno a otro idioma y por el transcurso de los siglos, pero su presencia puede ser fácilmente reconocida en virtud de que su significado en el noruego antiguo se pronunciaba como en la palabra "América". Se deletrea con frecuencia de diversas maneras, según el idioma en que la encontremos, pero siempre se pronuncia en forma muy parecida a "rige", "rega", "rike", "rikyá", "reykia", "rica", etc. En alemán derivó en "reich", pero siempre significa lo mismo: país, tierra, reino, imperio. Ejemplos de lo aseverado lo encontramos en nuestro propio idioma en la palabra "Noruega", que en el antiguo idioma vikingo se pronunciaba "Noregue" o "Norrege".

Incluso está en el origen de la palabra "Suecia", "Sweden" en inglés, derivado de "Sverige", que se pronuncia tal como la lee un lector latino.

Otro ejemplo es Frankrike, que se pronunciaba Frank-rike, es decir reino de los francos o Francia, como hoy la llamamos en castellano. Pero quizás si el ejemplo más típico sea el país que en español llamamos Austria, y que en alemán se denomina "Ostereich", evidente derivación de "Ostereike", pronunciada "Osterige" u "Osterika".

Quizás al lector le llamen la atención las diferencias de escritura que hemos destacado para la palabra "rike", "rica" o "rige", pero debemos recordarle que el idioma de los vikingos, el noruego antiguo, no fue una lengua escrita; más tarde, sólo más tarde, se intentó escribirla en el alfabeto latino, precisamente por los latinos o romanos, que no la entendían, y frecuentemente la escribían según creían percibirla fonéticamente y, para colmo de males, el uso de tales palabras en lenguas romances, o relacionadas con el latín, tendió a deformarlas con el paso de los años.

Combinando, pues, las palabras del noruego antiguo (repetimos, idioma de los

vikings, descubridores del "Nuevo Mundo") "Omme" y "Rike", se obtendría la pronunciación "Omeriga", virtualmente idéntica a "América", lo que además tendría idéntico significado a la legendaria "Ultima Thule" de los escritos clásicos.

En efecto, si aceptamos que la misteriosa "Thule" de Ptolomeo no es otra que la colonia fundada en Islandia por los vikingos, entonces la legendaria "Ultima Thule" es lo que su nombre en latín indica: "última", en tal lengua muerta significa "final", "lo más lejano", "lo más remoto", "lo que está más allá de...", "lo que está aún más distante que...", "lo más alejado del mismo nombre"; en otras palabras, es la misma idea encerrada en la derivación del noruego antiguo de la palabra América, que ya analizamos: la "Thule" más alejada, la final, la más remota; al igual que América significaría el reino más lejano, el país más distante, el que sigue más allá del reino conocido, en síntesis, la misma idea en dos lenguas diferentes pero contemporáneas.

Y tal denominación es lógica, puesto que si los geógrafos, escritores e historiadores llamaron "Thule" a la colonia de Islandia, la colonia de Groenlandia, la que seguía más alejada hacia el oeste, sería para ellos la Thule siguiente, hasta aparecer una tercera colonia, allá en el confín, en América, la última de todas las Thules o colonias de los vikingos, la más remota, más allá de la cual ya no puede existir otra "Ultima Thule" en latín, "Omme-rike" en noruego. El resto es evidente: al quedar ya fuera de toda duda, poco después de 1500, que las tierras encontradas por Colón no pertenecían al Asia, sino a otro continente, pareció obvio que tales tierras eran las que aludían las sagas normandas, y como ya los normandos eran cristianos, se habían hecho sedentarios en gran proporción y se habían incorporado a la cultura cristiana occidental, estaban en contacto con los restantes pueblos del Viejo Mundo en la época en que el descubrimiento de nuevas tierras era la noticia más importante y apasionante del momento. Entonces, sin esfuerzo, y por lógica, el antiguo nombre dado a las tierras que quedaban más allá de Groenlandia afloró espontáneamente, y sin que nadie se pusiera previamente de acuerdo, se co-

menzó a llamarlas América por deformación fonética del nombre original.

Finalmente, y para reforzar la explicación que hemos dado, cabe destacar que en uno de los mapas de Verrazzano, la costa de Nueva Inglaterra aparece con el chocante nombre de "Norumbega", cuyo origen es imposible de explicar sin recurrir al noruego antiguo. Obviamente parece derivar de "Naerom-rega" o quizás "Naerom-rike", lo que es posible traducir como regiones circundantes, o regiones cercanas. Pero su significado se hace sumamente claro si aceptamos que es solo una versión levemente modificada de la palabra compuesta "Omerike". Incluso encontramos en ella la sílaba "om", evidente abreviación fonética de "ornme", ahora bien, si reconstituimos o "restauramos" la palabra o su posible versión en el idioma original del cual fue tomada por quien evidentemente no lo hablaba, nos quedaría "Naerom-omme-rike" o "rege", que traducido literalmente significaría "las tierras más cercanas del reino al país más remoto", es decir, "lo más próximo a nosotros del país más lejano". En otras palabras, lo más próximo de América: Naerom-omme-rike derivó en "Naeromrike" o "Naeromrega", hasta degradarse a "Norumbega" bajo la pluma de Verrazzano.

El autor está consciente de que todo esto no es más que una teoría forjada ligando hechos aceptados como históricos pero aun así y pese a su débil base de sustentación, le parece más lógica y más verosímil que las teorías clásicas.

Bibliografía:

- 1.- "Historia Universal", Espasa Calpe S.A.
- 2.—"Historia General de America", Luis Alberto Sanchez.
- 3.—"The Vikings of The West", Per Sveaas Andersen.
- 4.—"From The Saga of The Greenlanders" (fotocopia de la colección de la Embajada de Noruega en Chile).
- 5.—Diccionarios del Noruego Antiguo
- 6.—"Enciclopedia General del Mar", Garriga.
- 7.—"Barcos, Ayer, Hoy, Manana", Enzo Angelucci.

